

EL LIBRO DE LA SEMANA

El alma no brilla en el barro

Giani Stuparich es uno de los grandes. Dotado para captar lo sustancial, el escritor soldado narra su vida en la Primera Guerra Mundial con una estremecedora visión de la desdicha

Guerra del 15

Giani Stuparich
Traducción de Miquel Izquierdo
Minúscula. Barcelona, 2012
196 páginas. 17,50 euros

Por Luis Fernando Moreno Claros

DESPUÉS DEL grato descubrimiento de novelas breves tan perfectas como *La isla y Un año de escuela en Trieste* (Minúscula), de Giani Stuparich (Trieste, 1891-Roma, 1961), leer *Guerra del 15* es obligado para cuantos ya nos declaramos adeptos de este gran escritor.

Claudio Magris ha resaltado la "humanidad" de Stuparich, y Vila-Matas lo ha elogiado como representante de esa literatura magnífica y evocadora de antaño que todavía gozaba de buen "fuelle espiritual"; y es que Stuparich, hombre moralmente íntegro y buen psicólogo, sabía acertar en el núcleo de lo que de verdad importa. En suma, que es uno de los grandes: sensible, poético y dotado para captar lo sustancial; emocional e incita a pensar: ¿qué más se puede pedir a un escritor?

Hay libros memorables con experiencias de la Primera Guerra Mundial: *Tempestades de acero*, de Jünger, o *Adiós a todo eso*, de Graves; sin olvidar *Un año en el altiplano*, de Lussu; pero éste de Stuparich es distinto, de aire más íntimo y espontáneo: son memorias al vuelo que recogen la experiencia de sólo dos meses de guerra —desde el 2 de junio al 8 de agosto de 1915—; lapso de tiempo más breve que el de los títulos mencionados; ello no impide que el libro nos atrape por su cercana viveza, por lo franco de sus observaciones y la realidad de su ambiente.

Giani y su hermano mayor Carlo se alistaron como voluntarios en el Ejército italia-

no en 1915. Fueron destinados a una compañía de granaderos del frente de Friuli, en el sector de Monfalcone, cerca de su Trieste natal, ciudad que entonces estaba en poder de los austriacos. Ambos ansiaban conquistarla, puesto que allí tenían su casa, a la madre y la hermana.

Los Stuparich comenzaron su aventura bélica al principio ilusionados porque aún

pio Monfalcone y sus inmediaciones, pues tampoco avanzan mucho más. Aquí y allá saltan de cuando en cuando instantes poéticos: una bella puesta de sol o un gracioso conjunto de álamos proporcionan al escritor soldado mínimas escapadas estéticas a un mundo mejor, plenos atisbos de una belleza y una bondad que Stuparich anhela en medio del sórdido ambiente de la guerra y copa-



En memoria de Ronchi, imagen captada por Bruno Miniati (1889-1974) en Ronchi dei Legionari (Italia), en 1916. Foto: Bruno Miniati / Alinari Archives / Corbis

no habían entrado en combate; pero les daba alas para superarlo. Pero pronto, la vida militar con sus penosas marchas, el sofocante calor, la lluvia, el barro y el terror de plomo que siembran los temibles *strampels* comenzó a enervarlos y entristecerlos. La narración es impresionista, limitada a un escenario reducido y circular, ya que Stuparich consigna las idas y venidas de la compañía en el pro-

do de lleno por el verde grisáceo de los uniformes en mezcolanza con el barro y la mugre; la metralla que silba en pos del soldado agazapado en la inhóspita trinchera; la noche que desconcierta a los granaderos, cargados como mulos con el equipo completo y la bayoneta calada, obedeciendo órdenes sin idea de sus porqués. Y a todo ello enseguida se adhiere la estremecedora visión de la desdicha ajena: los heridos y los muertos.

Giani Stuparich no se ceba en imágenes crueles, apenas entrevistas; prefiere dar cuenta de los instantes de camaradería, del recuerdo de la madre o de la terna que le inspira su hermano mayor, Carlo, grandote y melancólico, más indefenso que el larguirucho Giani. Mas ninguno se queja, tampoco dudan; se resignan, son voluntarios y cargan con las consecuencias; se entristecen, pero jamás embiste su ánimo el derrotismo o la deserción.

Una noche Giani es herido por un trozo de metralla, quieren darle un permiso para que se recupere en el hospital, pero él prefiere quedarse en el frente junto a su hermano. Carlo no sobrevivirá a la guerra, en esta época Giani lo ignora, aunque a veces lo asalta una angustia premonitrice de la desgracia; tras dos meses de campaña sabe ya muy bien que sus vidas nada valen en aquel matadero militar: "SeSENTA días de desgaste, ¡sin tregua! Miro las caras de los compañeros supervivientes y me veo reflejado en ellas; resulta doloroso notar que el alma ya no brilla en los ojos de nadie" —anota—.

Stuparich fue condecorado al final de la guerra con la medalla de oro al mérito militar (momento que recoge la fotografía de la cubierta del libro); ignoramos los pormenores de su gesta, pues las anotaciones de *Guerra del 15* son anteriores; por lo demás, sabido es que los hombres valientes rara vez mencionan su valor, hablan más de sus miedos, igual que en este libro de trágica belleza. ●

Un matadero de reses humanas

Parte de guerra

Edlef Köppen
Traducción de Rosa Pilar Blanco
Sajalín Editores. Barcelona, 2012
500 páginas. 25 euros

Compañía K

William March
Introducción de Philip D. Beidler
Traducción de Bianca Southwood
Libros del Silencio. Barcelona, 2012
310 páginas. 18 euros

Por L. F. Moreno Claros

A LA PAR QUE el diario de guerra del triestino Stuparich aparecen ahora en castellano dos inusitados testimonios literarios de la Gran Guerra: el del alemán Edlef Köppen y el del estadounidense William March.

Köppen (1893-1939) fue uno más de los innumerables jóvenes que se alistaron como voluntarios al estallar la guerra; dejó sus estudios de filosofía para servir como artillero

en Francia. Estuvo en la "trituradora de Verdún" y en el Somme, donde británicos y franceses lucharon contra los alemanes en la batalla más espeluznante de la contienda: desde el 1 de julio de 1916 al 24 de noviembre perecieron sólo allí 1.250.000 hombres. Adolf Riesiger, trasunto literario de Köppen, es un soldado intachable; cumple y calla, atento a su deber, pero reflexiona sobre lo que ve. Las experiencias que narra en esta atípica novela, cruda y expresionista, fueron compartidas por miles de combatientes de distintas naciones en cuanto empezaron a sonar los primeros disparos y cayeron los primeros muertos; su fe en cualquier clase de idealismo se hizo trizas, aplastada por la imperiosa realidad de una contienda que, antes que una guerra "convencional", era una carnicería inútil, un matadero a gran escala de reses humanas.

El libro tiene escenas espeluznantes y de gran tensión dramática (una soberbia carga de caballería, bombardeos), pero sobre todo abunda en cadáveres y muerte. Soldados abatidos por enjambres de proyectiles o por

tormentas de obuses; decapitados, desmembrados o despazzurados, salpicando con su sangre a los atónitos supervivientes, oscuridad, miedo y suciedad sin fin. Las peripecias de Riesiger se alternan con partes de guerra, comunicados de las autoridades y anuncios curiosos aparecidos en periódicos de la época, así el lector puede captar en paralelo el contraste entre las mentiras oficiales y la realidad del frente.

El libro del americano March —seudónimo de William Edward Campbell (1893-1954)— constituye un hito en la literatura norteamericana: entre *La roja insignia del valor* de Stephen Crane y *Trampa 22* de Joseph Heller, fue la primera novela estadounidense en la que un verdadero combatiente aporta su visión de la guerra, sus vivencias crudas y descarnadas, alejadas de cualquier atisbo de arenga patriótica. *Compañía K* es un libro atípico, tanto como el de Köppen; lo componen breves capítulos que responden al nombre de un soldado de la compañía (113 en total); cada uno da pie a una anécdota, un pequeño absurdo, una *boutade* o un

crimen: no hay gestos heroicos, piedad ni cariño; tan sólo necesidad, cobardía y crueldad. El lector asiste entre divertido y horrorizado a los razonamientos con los que aquellos hombres "normales" convertidos en soldados justifican sus acciones, a menudo propias de auténticos descebrados.

March sólo contó lo que vio, más la imagen de sus compañeros de armas es, por desgracia, arquetípica, pues bien puede corresponder a soldados de cualquier ejército, y hasta a los soldados de hoy en Afganistán o Irak. El trato constante con la muerte impide pensar, aliena y descorazona a los hombres, que, convertidos en puro instinto, se erigen en carniceros de otros, pero también de sí mismos: "Son hombres cuya mente han raptado los muertos", cantó Wilfred Owen, el poeta inglés de las trincheras, muerto en 1918 en Francia, en los mismos campos donde combatieron March y Köppen (véase sus *Poemas de guerra*, en Acentilado).

En suma, *Parte de guerra* y *Compañía K* son libros diferentes en la forma y coincidentes en el fondo; joyas antibelicistas y subversivas, pues, lo mismo que Owen con sus poemas, disipan "la vieja mentira: *Dulce et decorum est pro patria mori*", y tantas otras que todavía hoy se esgrimen para justificar cualquier guerra. ●

EL PAÍS BABELIA 12.05.12 9

Printed and distributed by NewspaperDirect
www.newspaperdirect.com US/Can: 1 877 980 4840 Intern: 800 8384 6364
COPYRIGHT AND PROTECTED BY APPLICABLE LAW